

Demografía de la infancia en España: Los niños como unidad de observación

Demography of Childhood in Spain: Children as Observation Unit

M.^a José HERNÁN

Consejería de Familia y Asuntos Sociales. Comunidad de Madrid
mariajose.hernan@madrid.org

Recibido: 17.11.05

Aprobado: 17.01.06

RESUMEN

La infancia es un grupo social que tradicionalmente se encuentra oculto en las estadísticas demográficas y sociales, tras otras categorías como la familia o la escuela. Para dar visibilidad a este grupo, de acuerdo con los recientes planteamientos de la Sociología de la Infancia, es preciso considerar a la infancia como unidad de análisis y a los niños como unidad de observación, lo que implica observar y obtener información de la realidad tomando como referentes a los niños. En el presente artículo se adopta esta perspectiva para explorar algunas de las variables demográficas básicas de la infancia española a partir de fuentes censales. En primer lugar, se realiza una descripción de la población infantil española en el último siglo, comparando además este grupo poblacional con otros y situando a España en el contexto europeo. En segundo lugar, se examina la composición de las familias en las que viven los niños en el año 2001 y se interpretan los resultados a la luz de los cambios ocurridos en los hogares y las familias en España a lo largo de las últimas décadas.

PALABRAS CLAVE: Infancia, familia, demografía, sociología, estadística.

ABSTRACT

Childhood as a social group is usually hidden in demographic and social statistics behind other social categories as family or school. To give visibility to this group, according to the recent approaches of the Sociology of Childhood, it is necessary to consider childhood as a unit of analysis and children as a unit of observation, what implies to observe and to obtain information from reality taking children as a reference. In this article, this perspective is taken to explore some of the basic demographic variables of Spanish childhood from census data. First, there is a description of the population of Spanish children in the last century, comparing this population group with others and placing Spain in the European context. Secondly, the composition of the children's families in the year 2001 is analysed and the results are interpreted with a view to the changes happened in Spanish households and families throughout the last decades.

KEY WORDS: Childhood, family, sociology, demography, statistics.

SUMARIO

Introducción. Evolución de la población infantil. La familia de los niños. Conclusiones.

INTRODUCCIÓN

Desde que hace ya casi veinte años vieron la luz los planteamientos de la nueva sociología de la infancia, se ha avanzado notablemente en todos los aspectos teóricos y metodológicos de su estudio y, paralelamente, se ha ido superando su tradicional invisibilidad estadística, lo que ha permitido alumbrar múltiples trabajos basados en la explotación de fuentes secundarias. Lamentablemente en España estos progresos son todavía muy recientes y aún no se han traducido con la debida efectividad en las formas de obtener, presentar e interpretar la información estadística disponible¹.

De esta forma, cualquier aspecto que se pretenda investigar sobre la infancia en España a partir de datos secundarios, se encuentra de principio con notables barreras. Este es el caso del trabajo que a continuación se presenta, que pretende llevar a cabo un retrato sociodemográfico de la infancia española, describiendo su evolución reciente y su estructura como grupo de población, a partir de fuentes censales. Sin embargo, la práctica ausencia de información comparativa sobre las cuestiones abordadas supone importantes limitaciones al análisis, dando como resultado una visión descriptiva, referida a un lugar y momento del tiempo.

Por tanto, más que el interés por la información que se obtiene, la utilidad de este trabajo se centra en el enfoque utilizado, en el modo de afrontar el estudio de la infancia, acorde con los nuevos planteamientos teóricos y metodológicos vigentes en la sociología de la infancia. En efecto, se parte de considerar a la infancia como un componente estructural estable e integrado en la organización de la vida social (Qvortrup, 1994), lo que implica que es una categoría que ocupa una posición en la estructura y se relaciona con el resto de categorías sociales. De esta forma, interesa conocer cuál es esa posición o estatus, qué la caracteriza y considerar el conjunto de relaciones con el resto de la sociedad, especialmente con otros grupos sociales o grupos de edades.

Desde un punto de vista metodológico, esta perspectiva implica considerar a la infancia como unidad de análisis y a los niños como unidad de observación (Jensen & Saporiti, 1992; Saporiti, 1994). Esto supone un cambio metodológico de gran alcance, que consiste en observar y obtener información de la realidad tomando como referentes a los niños. Entraña, además, una importante dificultad, pues habitualmente la información estadística no considera a los niños como unidades, sino como parte de otras categorías (familia, escuela), de modo que desaparecen, subsumidos en ellas, convirtiéndose en meras características.

Aplicar estos presupuestos a los estudios demográficos, significa considerar a la infancia como un grupo de edad, cuya frontera viene marcada por la mayoría de edad, que imprime un estatus diferenciado al grupo, definido, entre otras cosas, por una limitación en sus derechos y deberes, por ser sujetos de especial protección y, por tanto, de control, así como su dependencia de otras categorías (adultos) e instituciones (familia y escuela, sobre todo). Un grupo que se caracteriza por el continuo reemplazamiento de sus miembros (Frønes, 1994), al que se incorporan los nacidos y del que salen las personas al cumplir los 18 años. Pero ese flujo continuo y el hecho de que sea una fase de transición en la vida de los individuos, no impide que la infancia constituya una forma permanente de la vida social, aunque sus miembros cambien constantemente (Qvortrup, 1994).

Los estudios demográficos en este ámbito, se pueden considerar como parte de una sociografía de la infancia, entendida como una selección sistemática y coherente de indicadores demográficos, sociales y económicos apropiados para asesorar sobre el estatus social de la infancia en las sociedades contemporáneas industriales (Saporiti, 1994). De esta forma, la demografía social de la infancia incluye todas las estadísticas vitales y familiares relacionadas con los niños, que nos informan sobre las características de este grupo de población y su evolución, teniendo presentes sobre todo aquellas que más afectan a su bienestar. La utilidad de los indicadores demo-

¹ A pesar de la labor iniciada en los años noventa por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, que publicó una serie de informes estadísticos titulados «La infancia en cifras», no es posible encontrar una publicación monográfica y/o periódica que registre los datos más relevantes referidos a este grupo. Dicha serie tuvo un total de cuatro números y, lamentablemente, se interrumpió en el año 1997. A pesar de sus limitaciones, siendo la más importante de ellas la falta de homogeneidad en los grupos de edades utilizados, sin embargo, suponía un esfuerzo importante por dar visibilidad a la infancia.

gráficos ha de ser, ante todo, valorar la situación relativa de la infancia y juzgar sus condiciones de vida y niveles de bienestar (Ben-Arieh, 2000). En este sentido, los cambios demográficos se utilizan como hipótesis sobre la posición de los niños en la sociedad y de las relaciones entre las generaciones (Frønes, 1994).

Siendo estos los presupuestos de partida, el trabajo que se presenta tiene dos partes. La primera es una descripción de la población infantil española, situándola en el conjunto y en relación con otros grupos poblacionales. Este es casi el único aspecto sobre el que se pueden llevar a cabo comparaciones en el tiempo y en el espacio, por lo que se ha optado por estudiar la evolución seguida hasta el presente y por comparar los datos actuales con los de otros países de nuestro entorno a fin de obtener una dimensión ajustada de los mismos.

La segunda parte se centra en examinar la composición de las familias en las que viven los niños. Este análisis supone un cambio de perspectiva, como ya se ha señalado, que implica tomar a los niños como unidades de observación y no a la familia, como viene siendo habitual. El problema es que, sobre esta cuestión apenas existe información comparativa de censos anteriores, lo que nos da como resultado una fotografía fija de la situación, cuando lo que verdaderamente interesa conocer son los cambios que se están registrando en las formas de vida de los niños, como consecuencia de las transformaciones que están teniendo lugar en las familias.

Por ello, el punto de referencia de esta segunda parte serán los cambios en que está implicada la familia y, el objetivo será rastrearlos en las estructuras de convivencia de los niños, reinterpretando sus resultados desde esta perspectiva. Evidentemente, muchas de estas deducciones sólo podrán ser meras hipótesis que habrán de ser corroboradas o descartadas en el futuro, pero en cualquier caso, suponen un punto de partida que puede llenar, al menos parcialmente, el vacío actualmente existente en las estadísticas familiares de los niños.

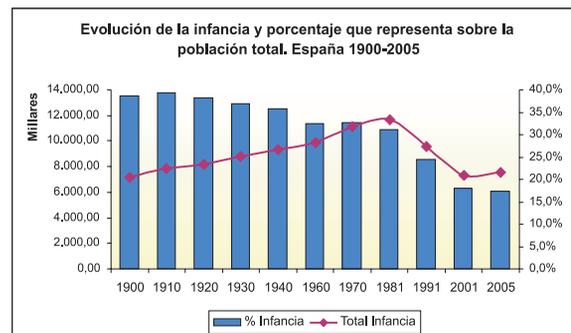
EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN INFANTIL

De acuerdo con los últimos datos del padrón continuo en 2005, en España residen un total de 7.648.054 personas menores de 18 años, lo que supone el 17,3% de la población. Esta pro-

porción adquiere su significado si se observa desde una perspectiva comparada, en el tiempo y en el espacio, siendo éste uno de los pocos indicadores donde es posible realizar tal comparación.

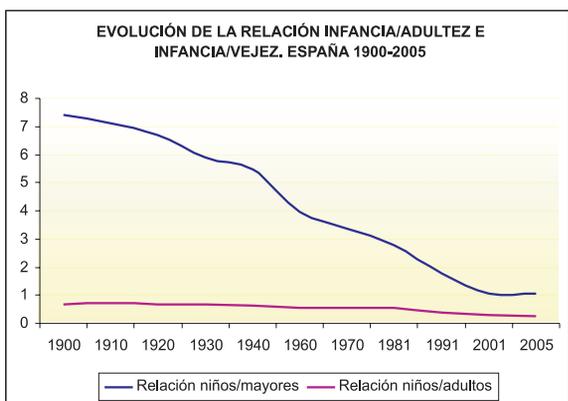
Si miramos atrás en el tiempo y observamos la evolución de la infancia como grupo de población a lo largo del siglo XX y hasta la actualidad, se puede concluir que la tendencia seguida ha sido la de perder peso relativo sobre el conjunto. Este continuo declinar es aún más acusado a partir del año 1981, en que no sólo pierde importancia en términos relativos, sino también absolutos. De esta forma, observando su progreso secular con perspectiva, se puede decir que los efectivos de la infancia se encuentran en la actualidad prácticamente en los mismos niveles de principios del pasado siglo, en tanto que su peso se ha reducido a la mitad.

Gráfico 1



Si comparamos la infancia con otros grupos de población (adultos, mayores), es cuando obtenemos la clave para interpretar esta evolución. En efecto, si a principios del pasado siglo había más de 7 niños por cada persona mayor, en 2005 esta relación se ha igualado, de forma que por cada mayor ahora sólo hay un menor. En cambio, la relación con los adultos se ha mantenido muy estable a lo largo de todo el siglo (siempre por debajo de 1), aunque tendiendo al descenso. Por tanto, se puede deducir que el proceso que ha tenido un impacto más destacado sobre la estructura poblacional ha sido el de envejecimiento, que ha terminado afectando de forma definitiva al peso relativo de la población infantil.

Gráfico 2



La estructura de la población en un momento dado del tiempo no es más que el resultado de la acción conjunta de los distintos fenómenos demográficos (natalidad, mortalidad y migraciones), que a su vez son guiados por los comportamientos sociales vigentes. En este sentido, el sostenido crecimiento de la infancia ha tenido su causa directa en los elevados niveles que la natalidad española ha mantenido durante la mayor parte del pasado siglo, mientras simultáneamente se registraban niveles cada vez menores de mortalidad. Esta situación encontró su límite en los años sesenta, en que la natalidad comenzó a decaer, llegándose a alcanzar más tarde, como es bien sabido, los valores de fecundidad más bajos del mundo. Sólo a finales de la década de los noventa, inicia un lento remontar que ha permitido recuperar parte de los efectivos de nacimientos perdidos a lo largo de años anteriores.

De esta forma, se puede comprender que el mencionado envejecimiento de la población ha tenido su principal apoyo precisamente en este descenso de la fecundidad, que explica asimismo el declinante volumen y peso de la infancia en la estructura poblacional.

Por otro lado, si se comparan los indicadores seleccionados con el conjunto de los países de la UE², se puede decir que España no es un caso aislado, pues en los últimos años, el panorama también es de descenso progresivo en el grupo de los menores a favor de los más mayores. Así, mientras en 1991 en Europa la infancia representaba el 22,2% de la población, en 2001 ha descendido hasta el 20,3%. Esta reducción se

verifica además en casi toda Europa, pues sólo Luxemburgo muestra un significativo incremento, mientras que en Dinamarca, Suecia y Holanda la infancia sólo incrementa su peso muy ligeramente o se mantiene estable.

La comparación con otros países europeos sirve sobre todo para constatar que España es el segundo país, después de Italia, donde la población infantil tiene menor peso y es, asimismo, donde ha perdido más efectivos, tanto en términos absolutos como relativos entre 1991 y 2001, pérdidas que además siguen progresando, si se considera la proporción que representa la infancia en 2005 (17,3%).

Esta evolución global oculta las diferencias que existen en el interior del grupo de población infantil. Atendiendo a las distintas edades, los datos más recientes (2005) nos informan de que las cohortes más nutridas en España son las de los adolescentes y jóvenes de entre 12 y 17 años, en tanto que los niños de entre 5 y 8 años son los que tienen menos componentes.

Tabla 1

Evolución de la proporción de población menor de 18 años en los países de la UE-15, 1991-2001.		
	1991	2001
UE-15	22,2%	20,3%
Italia	20,8%	17,3%
España	24,6%	18,3%
Alemania	19,2%	18,8%
Grecia	23,7%	18,9%
Portugal	25,2%	19,8%
Austria	21,3%	20,5%
Bélgica	21,9%	21,1%
Dinamarca	21,2%	21,7%
Suecia	21,9%	21,8%
Finlandia	23,0%	21,9%
Holanda	22,1%	22,1%
Luxemburgo	20,7%	22,3%
Reino Unido	22,8%	22,6%
Francia	24,3%	22,7%
Irlanda	32,6%	26,6%

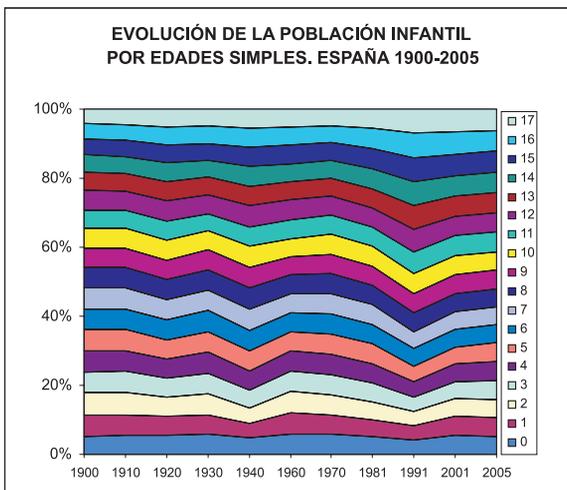
Fuente: Eurostat, Base de Datos online. Elaboración propia.

Como estamos hablando en términos absolutos, su explicación hay que buscarla en el dife-

² Se refiere a los 15 países integrantes de la Unión Europea antes de la última ampliación.

rencial comportamiento de la natalidad para las distintas generaciones de nacidos. Así, entre los que actualmente tienen menos de 5 años se observa el impacto que la reciente recuperación de la natalidad ha tenido sobre sus cohortes, en tanto que a los niños de 5 a 8 años, apenas les han alcanzado los efectos de esta mejoría, que ha sido posterior a su nacimiento. Asimismo, la notable dimensión de las generaciones de adolescentes y jóvenes se debe ante todo al también importante tamaño de las generaciones de sus padres, que, formaron parte del «boom» de nacimientos que tuvo lugar entre 1955 y 1975.

Gráfico 3



Fuente: INE, Series históricas de población, poblaciones de hecho en censos y padrones.

Para 2005, Padrón continuo a 1 de enero, resultados provisionales. Elaboración propia.

La distribución porcentual de los distintos grupos que componen la población menor ha tenido una evolución bastante regular y marcada, en términos generales, por un aumento del peso de los jóvenes y adolescentes en menoscabo de los más pequeños. La regularidad tan sólo se rompe con cierta brusquedad en dos periodos destacados: entre 1930 y 1940, sin duda, por los efectos de la guerra civil y, mucho más tarde, entre 1981 y 1991, a causa del descenso de la natalidad que comienza a registrarse a partir de mediados de los setenta. De esta forma, lo que viene ocurriendo a lo largo de los últimos quince años puede suponer un cambio de ciclo, donde son los más pequeños (menores de 7-8

años) los que toman el relevo a las generaciones de adolescentes y jóvenes en protagonismo cuantitativo sobre el conjunto de menores, empujados por el relanzamiento de la natalidad.

Tabla 2

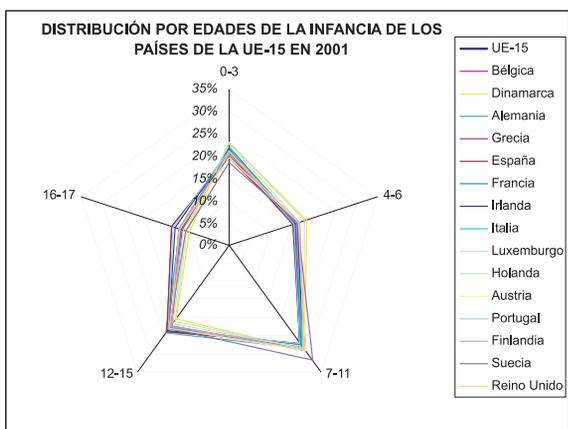
Población por grupos de edades y edades simples de la infancia. España 2005.		
	2.005	%
Total población	43.975.375	100,0%
Infancia (0-17 años)	7.574.522	17,3%
Adultos (18-64 años)	29.130.209	66,1%
Mayores (más de 65)	7.332.267	16,6%
0 años	405.687	5,3%
1 año	428.836	5,6%
2 años	418.055	5,5%
3 años	422.477	5,5%
4 años	419.527	5,5%
5 años	405.658	5,3%
6 años	398.519	5,2%
7 años	403.910	5,3%
8 años	400.139	5,2%
9 años	404.861	5,3%
10 años	408.896	5,3%
11 años	424.825	5,6%
12 años	440.914	5,8%
13 años	437.544	5,7%
14 años	445.305	5,8%
15 años	453.978	5,9%
16 años	459.323	6,0%
17 años	467.600	6,1%

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Padrón Continuo a 1 de enero de 2005, resultados provisionales.

Esta evolución, sin embargo, ha conducido a estructuras de edades muy similares entre la infancia española y la del resto de países europeos, como se muestra en el gráfico 4. En efecto, apenas hay diferencias en el peso de los distintos grupos de edad configurados entre los países de la UE-15, mostrándose un rango de variabilidad pequeño y una coincidencia importante en la forma que adopta la pirámide de edades de la infancia. Por tanto, se puede suponer que, a pesar de las diferentes evoluciones demográficas habidas en los distintos países de la UE-15, las estructuras de edades de la infancia resultantes son bastante similares. Tan solo se hacen notar mayores similitudes entre los países nórdicos, por un lado, y entre los países de la Europa mediterránea, por otro, que, en este

aspecto, como en muchos otros, muestran una significativa coincidencia.

Gráfico 4



Fuente: Para España, INE, Censo de Población y Vivienda 2001. Para UE-15, Eurostat, Base de datos online. Elaboración propia.

En conclusión, se puede decir que la infancia está perdiendo presencia como grupo de población si se observa en el tiempo y, sobre todo, si se compara con otras categorías de edad como los mayores, que, como es bien sabido, han ido adquiriendo un singular protagonismo en la estructura poblacional como consecuencia del proceso de envejecimiento que viene afectando a las sociedades occidentales. Esta evolución, que se verifica en todos los países europeos, es quizás aún más llamativa en España de acuerdo con los indicadores comparados, y sigue un ritmo más rápido, sobre todo si se observan las últimas dos décadas.

LA FAMILIA DE LOS NIÑOS

El presente apartado se centra en analizar las estructuras de convivencia de los niños utilizando para ello los datos del último Censo de población de 2001. Dada la perspectiva adoptada en este trabajo, la exploración de esta fuente se ha realizado colocando a los niños en el centro del

análisis, es decir, como unidades de observación. Esto ha sido factible gracias a las posibilidades que el INE ofrece, a través de su página web, para la explotación de la información censal a medida de los intereses u objetivos del investigador. Sin embargo, la inexistencia de datos publicados de censos anteriores desde este mismo punto de vista imposibilita la comparación con momentos pasados, lo que nos podría proporcionar la evolución de la situación y algunas claves para interpretar el escenario actual.

En realidad, esta deficiencia de las estadísticas vitales y familiares de los niños es bastante común, pues lo habitual es que sean los hogares o las familias las unidades de observación y se proporcione información, por ejemplo, sobre el número o la proporción de familias nucleares con hijos, pero no el número de niños que viven en familias nucleares. De esta manera, también resulta muy difícil hallar resultados semejantes en otros países utilizando este enfoque, dificultad que se añade a las propias de los análisis comparativos.

Así pues, el estudio de los datos censales nos ofrece una fotografía de la realidad que no es posible situar en una perspectiva comparada. Sin embargo, para comprender la situación actual es imprescindible conocer las dinámicas que la han conducido. En este sentido, las formas de vida y convivencia de los niños se han visto fundamentalmente afectadas por los diversos factores de cambio que están teniendo lugar en los hogares y las familias en las últimas décadas. Por tanto, posiblemente la manera más fructífera de conocer las formas de convivencia de los niños, a falta de datos comparativos, sea precisamente observarlas a la luz de los cambios que están ocurriendo en las familias, aunque reinterpretándolos desde la óptica de la infancia.

A partir del enfoque demográfico aquí utilizado, nos interesa conocer en qué tipos de hogares/familias viven los niños, no exhaustivamente, sino selectivamente, puesto que la variedad de formas de convivencia de los niños es más limitada que en la población adulta, debido a la dependencia que les impone su minoría de edad. Por tanto, la unidad de análisis es la población menor de 18 años residente en viviendas familiares³, sobre la

³ La población menor de 18 años en 2001 era de 7.341.404 personas. De ellas, el 99,9% residen en viviendas familiares (7.331.894) y sólo una pequeña parte (9.510) residen en los que en el censo se denominan *viviendas colectivas*. Esta última cifra se encuentra posiblemente infravalorada, si tenemos en cuenta que 2001 había, sólo en acogimiento residencial 14.792 menores, según la Estadística Básica de Medidas de Protección a la Infancia del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

que se han explorado algunas de las características de los hogares y familias en que conviven.

LA ESTRUCTURA DE LOS HOGARES DE LOS NIÑOS

De acuerdo con la tipología demográfico-estadística utilizada en el Censo⁴, la estructura de los hogares de los niños en 2001 se sintetiza en el cuadro siguiente, en el que también se presenta la distribución de los hogares, junto al peso que los niños tienen sobre el conjunto de personas que residen en cada tipo de hogar. De esta forma, se muestran de forma complementaria ambas unidades de observación: los niños y los hogares, lo que permite apreciar las diferencias entre las distribuciones resultantes desde ambos enfoques.

Se observa así que la inmensa mayoría de los niños viven en hogares familiares, compuestos por una única familia y por un solo núcleo. Más aún, el 73,5% residen en hogares nucleares clásicos, compuestos exclusivamente de una pareja con hijos y un 7,3% viven además con otras personas ajenas a dicho núcleo. En cambio, sólo el 8% de los niños residen en hogares de madres con hijos y apenas el 2% en los de padres con hijos⁵.

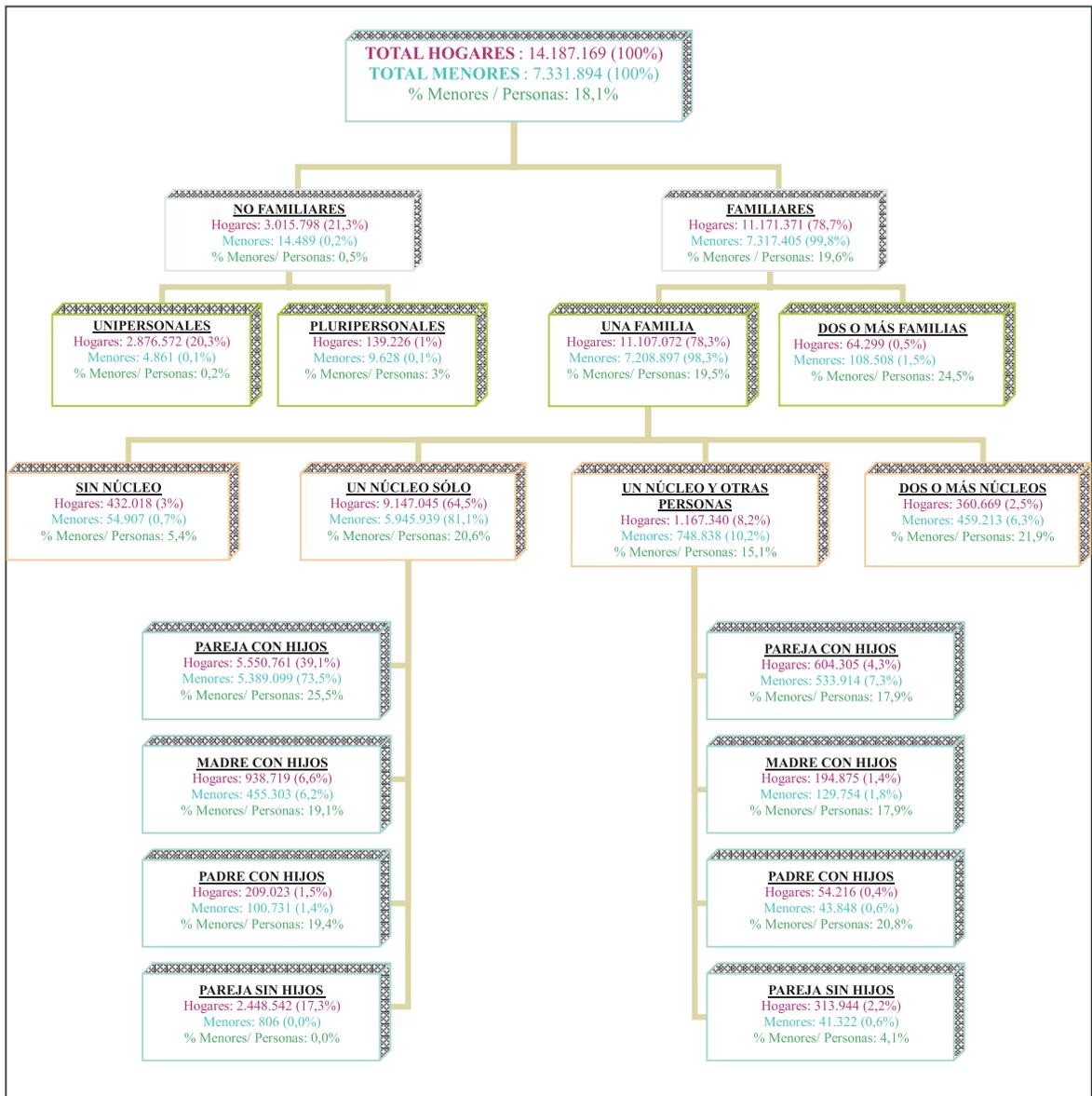
Si se comparan estos datos con los obtenidos desde el punto de vista de los hogares, el resultado es muy distinto. En efecto, en la estructura de los hogares el peso de los no familiares, principalmente unipersonales, es muy importante, pues uno de cada cinco hogares no es familiar. Como consecuencia, la presencia relativa de hogares nucleares es menor, especialmente de los compuestos de parejas con hijos, en tanto que ganan importancia los de pareja sin hijos, entre los que apenas tienen representación los niños. Asimismo, tienen un peso más destacado los hogares monoparentales, especialmente los encabezados por una madre.

No conocemos la evolución de esta información para los niños, como ha quedado dicho, pero sí la de los hogares, a través de la cual es posible inferir lo que puede estar ocurriendo en las formas de convivencia de la infancia. En este sentido, durante el periodo intercensal han tenido lugar una serie de tendencias en los hogares que se resumen en una serie de indicadores:

⁴ Esta tipología distingue, en primer lugar, entre hogar y familia, siendo el hogar un conjunto de personas que residen habitualmente en la misma vivienda. La familia exige además que las personas estén vinculadas por lazos de parentesco, ya sean de sangre o políticos, e independientemente de su grado. Por tanto, el hogar puede ser unipersonal, mientras que la familia ha de constar, por lo menos, de dos miembros. Dentro de la familia puede haber o no un núcleo (o varios) familiar, que puede ser uno de los siguientes cuatro tipos: pareja sin hijos, pareja con hijos, madre con hijos y padre con hijos. Para formar parte del núcleo familiar, los hijos no deben estar emparejados ni tener hijos a su vez.

⁵ Hay que tener en cuenta que esta clasificación no distingue la posición que los menores ocupan en cada tipo de hogar (hijo, nieto, pareja, otro familiar...), necesaria para definir con claridad sus formas de convivencia. Por tanto, es preciso combinar ambas variables, el tipo de hogar y la posición que ocupan, tal como se hará más adelante.

Cuadro 1. Estructura de los hogares y hogares de los niños. España 2001.



Fuente: INE, Censo de Población y Vivienda 2001. Elaboración propia.

- Aumento importante del número de hogares, que crecen muy por encima de la población.
- Disminución de su tamaño promedio: en 1991 los hogares tenían una media de 3,2 personas, mientras que en 2001 su tamaño ha descendido hasta 2,9.
- Crecimiento destacado de los hogares unipersonales, sobre todo de los compuestos por personas mayores.

- Evolución positiva de los hogares de parejas sin hijos, donde también ganan terreno los de los mayores, situados en la última etapa del ciclo familiar.
- Aumento de los hogares monoparentales, sobre todo de los encabezados por una madre.
- Disminución de los hogares nucleares clásicos de pareja con hijos, así como del número hijos convivientes en los mismos.

- Descenso de los hogares complejos, compuestos por más de un núcleo o por más de una familia, así como de los hogares extensos, donde conviven familiares u otras personas junto con el núcleo básico.

Como resultado de toda esta evolución, se puede decir que, en términos demográficos, los hogares se diversifican y se simplifican al mismo tiempo, lo que tiene consecuencias importantes sobre las formas de hogar de los niños. En efecto, el cada vez menor número de hijos unido al terreno ganado por los hogares no familiares, hace que los niños estén menos representados en el conjunto de los hogares. Asimismo, la diversificación de las formas de convivencia les afecta especialmente, ya que ahora nacen en familias más diversas y a lo largo de su vida experimentan más a menudo la transición de una forma de familia a otra⁶.

De esta forma, al mismo tiempo que se simplifican las familias de los niños, pues cada vez conviven con menos hermanos y también es menor la convivencia entre generaciones, paralelamente se hacen más complejas las relaciones de parentesco, debido al aumento de las rupturas y recomposiciones de pareja, que están impulsando formas alternativas de familia, como las monoparentales o las familias reconstituidas.

Tabla 3

EVOLUCIÓN DE LA DISTRIBUCIÓN DE LOS HOGARES. ESPAÑA 1991-2001		
Tipos de hogar	1991	2001
<i>Total hogares</i>	<i>11.852.075</i>	<i>14.187.169</i>
No familiares	13,7	21,3
Unipersonales	13,3	20,3
Pluripersonales	0,4	1,0
Familiares	86,3	78,7
Una familia	86,3	78,3
Sin núcleo	2,6	3,0
Un núcleo	80,5	72,7
Pareja sin hijos	18,9	19,5
Pareja con hijos	53,5	43,4
Padre con hijos	1,4	2,0
Madre con hijos	6,7	8,0
Dos o más núcleos	3,2	2,5
Dos o más familias	0,5	0,0

Fuente: INE, Censos de Población y Viviendas 1991 y 2001.
Elaboración propia.

Sin embargo, los resultados obtenidos a través del Censo indican que los cambios ocurridos en las familias parecen haber tenido un impacto relativamente pequeño en las estructuras de convivencia de la infancia. De hecho, la gran mayoría de los niños siguen viviendo con su padre y con su madre en hogares nucleares clásicos. No obstante, estos datos no deben llevarnos a la conclusión de que las familias de los niños no han cambiado, pues probablemente las transformaciones han sido más importantes en su interior (en las relaciones internas, en los principios éticos que las sustentan, en la posición de los distintos miembros y particularmente de los niños...), más que en su forma externa.

Aunque no es posible vislumbrar estos cambios internos a través del censo, sin embargo, sí se pueden revisar algunas características básicas, bien de los hogares, bien de los progenitores que nos pueden dar cuenta de estas transformaciones. Las posibilidades que la fuente ofrece en este sentido son muy amplias, sin embargo, se han escogido algunas que pueden ser más indicativas: tipo de hogar, número de hermanos, convivencia intergeneracional, tipo de pareja de los padres y relación con la actividad de los progenitores.

A continuación se van a ir revisando los tipos de hogar más representativos de los niños: hijos que viven con ambos progenitores, hijos que viven con su madre e hijos que viven con su padre. De cada uno de ellos, se explorarán las variables señaladas, lo que nos proporcionará un retrato más aproximado de sus características y las posibles tendencias.

Por otro lado, se van a revisar algunos datos básicos de otras formas de convivencia de los niños que, aunque todavía son minoritarias, van emergiendo como formas significativas. Es el caso de los niños en familias reconstituidas y de los que viven en núcleos de pareja homosexual.

Finalmente, aparte de los niños que pertenecen a un núcleo como hijos, el censo permite vislumbrar otros casos en que los niños tienen una forma de convivencia en la que ejercen un rol adulto. Se trata, concretamente, de los niños que viven solos y de aquellos que son padres, madres o parejas en su propio núcleo. Aunque se trata de situaciones muy infrecuentes, precisamente por ello tienen un gran interés entre las formas de convivencia de la infancia.

⁶ Este hecho es difícilmente observable a través de una fuente de tipo stock como es el censo, sería necesario llevar a cabo un estudio longitudinal que permitiera conocer las transiciones y la forma en que pueden estar afectando estos cambios a la infancia.

NIÑOS QUE CONVIVEN CON SU PADRE Y CON SU MADRE

Si en lugar de revisar la estructura de los hogares de los niños, vemos cuál es su posición en los mismos, se puede observar que el 96,8% de los niños residentes en viviendas familiares forman parte de un núcleo familiar como hijos. Se observa además que el 81,6% vive con su padre y con su madre, que el 11,8% lo hace sólo con su madre y que sólo el 3,4% vive con su padre.

Tabla 4

FORMA DE CONVIVENCIA DE LOS MENORES DE 18 AÑOS RESIDENTES EN VIVIENDAS FAMILIARES. ESPAÑA, 2001.		
Formas de convivencia	Total	%
Total en viviendas familiares	7.331.894	100,0%
Pertenece a un núcleo familiar como hijo	7.102.415	96,8%
Hijo con padre y madre	5.987.595	81,6%
Hijo sólo con madre	862.920	11,8%
Hijo sólo con padre	251.900	3,4%
Pertenece a un núcleo familiar como padre/madre o pareja	4.565	0,06%
No pertenece a un núcleo familiar	224.914	3,1%

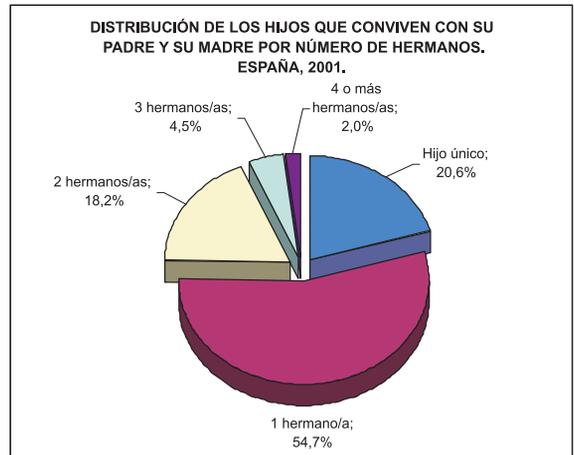
Fuente: INE, Censos de Población y Viviendas 2001. Elaboración propia.

Una vez establecida su posición en el núcleo, es posible determinar en qué tipo de hogar viven los niños en cada caso. Así, tomando como referencia a los hijos que viven con su padre y su madre (5.987.595 niños), se puede concluir que el 87,7% viven solamente con ambos progenitores y, en su caso, hermanos, y sin ningún otro familiar o persona. El 7,4% convive además con otros parientes u otras personas, además de sus padres y sólo el 4,8% restante reside en hogares compuestos por varios núcleos o por varias familias. Se comprueba, por tanto, que el hogar nuclear clásico (padres e hijos exclusivamente) es el modelo de convivencia más extendido, aunque sin olvidar que una parte significativa convive aún en hogares extensos o múltiples, y que ambos hechos contrastan con la evolución seguida en la estructura de los hogares, donde, en general, ambos modelos han ido perdiendo presencia relativa en el periodo intercensal.

Por otra parte, el descenso de la fecundidad ha incidido de forma muy significativa sobre el número de hermanos con quien conviven los niños en este tipo de hogares. En efecto, los

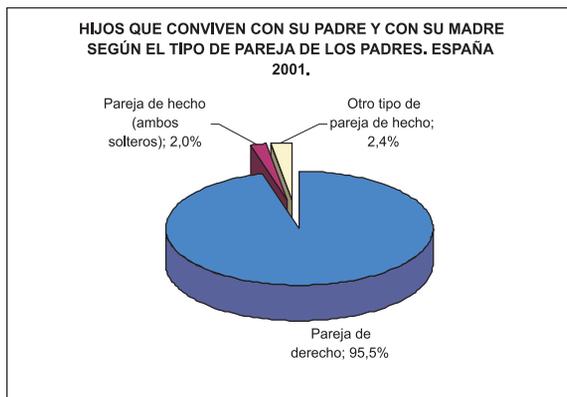
datos censales nos informan de que una quinta parte son hijos únicos, aunque predominan sobre todo los que tienen un hermano y, en menor medida, los que tienen dos (ver gráfico 5), mientras que son muy pocos los que conviven con tres hermanos o más hermanos. Por tanto, los niños en familias numerosas son cada vez más escasos y se puede decir que el modelo tipo de familia es la de dos hermanos que conviven sólo con su padre y su madre.

Gráfico 5



Se puede profundizar también en algunas características de los padres de estos niños para inferir algunos cambios que afectan a sus formas de vida: el tipo de pareja que configuran y la relación con la actividad. Así, en la mayor parte de los casos, los progenitores están casados, es decir, forman una pareja de derecho. En efecto, sólo un 4,4% de estos niños tienen padres que forman una pareja de hecho, y esta proporción además va perdiendo importancia a medida que aumenta la edad de los hijos, lo que confirmaría la hipótesis de que la tenencia de hijos es una variable importante para formalizar la convivencia en pareja. No obstante, este porcentaje, ha debido experimentar sin duda un significativo crecimiento entre ambos censos, a juzgar por la evolución seguida en el número de nacimientos de madres no casadas que, en 1991 significaban el 10% y en 2001 el 19,7% del total de nacimientos, de acuerdo con los datos del movimiento natural de la población del INE.

Gráfico 6



Si atendemos a la relación con la actividad de los padres, los datos censales confirman que para la mayoría de los niños (41,5%) ambos están ocupados. A esta situación le sigue, sin embargo, la que conecta con el modelo más tradicional en el que el padre está ocupado y la madre desempeña las tareas del hogar: el 36,7% se encuentran en esta situación. En tercer lugar, el 9% de los niños tienen un padre ocupado y una madre también activa, aunque en este caso parada. Lamentablemente, no es posible disponer de información comparativa a este respecto, pero es previsible que en el periodo intercensal hayan aumentado de forma muy importante los niños que viven en hogares con ambos ocupados, si se atiende al espectacular aumento de la actividad femenina que ha tenido lugar en estos años.

Tabla 5

Hijos que conviven con su padre y con su madre según relación preferente con la actividad del padre y de la madre. España, 2001.	
Ambos ocupados	41,5%
Padre ocupado y madre realizando tareas del hogar	36,7%
Padre ocupado y madre parada	9,0%
Padre parado y madre realizando tareas del hogar	2,4%
Padre parado y madre ocupada	1,8%
Padre parado y madre parada	1,3%
Padre ocupado y madre estudiante	1,2%

Fuente: INE, Censos de Población y Viviendas 2001. Elaboración propia.

Por último, tal como se ha visto anteriormente, una parte significativa de los niños viven, además de con su padre y su madre, con otras personas, en la mayor parte de los casos emparentadas con alguno de los miembros del núcleo. De todas las relaciones de parentesco posibles,

nos vamos a fijar en aquellas que implican una convivencia intergeneracional, lo que para los niños significaría que conviven al menos con alguno de sus abuelos. Los resultados en este sentido indican que el 7% de los niños viven en hogares donde están presentes tres generaciones y el 0,2% en hogares con cuatro o más generaciones. En total son 425.399 los niños que viven con sus abuelos e incluso, en algunos casos, con sus bisabuelos. Desde luego, es de prever que esta situación haya experimentado una reducción en el periodo intercensal, no sólo porque han disminuido los hogares extensos en general, sino porque los mayores viven ahora durante más tiempo de forma autónoma, al tiempo que las familias se encuentran actualmente con más limitaciones para hacerse cargo del cuidado de sus mayores, debido sobre todo a la generalización del trabajo remunerado de la mujer. Por tanto, es previsible que la coexistencia de generaciones en el mismo hogar, que era un hecho relativamente habitual en el pasado, en la actualidad esté experimentado una reducción progresiva.

NIÑOS QUE CONVIVEN CON SU MADRE

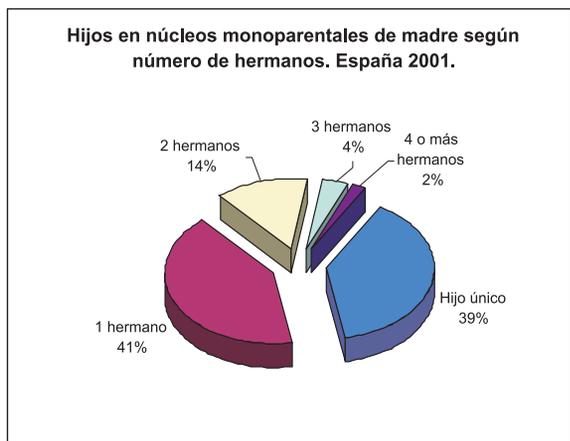
Como se ha visto anteriormente, el 11,8% de los menores en viviendas familiares viven sólo con su madre, lo que en términos absolutos significa un total de 862.920 niños. Sin embargo, éstos no se identifican exclusivamente con niños que viven en hogares monoparentales, sino que viven en un hogar en el que está presente su madre. De hecho, es posible que su madre haya formado una nueva pareja y, entonces, se trate de una familia reconstituida, como se verá más adelante. Sin embargo, en este caso, nos interesa precisar que estos niños vivan en un núcleo monoparental encabezado por una madre. Filtrando esta información, se puede determinar que son 733.560 los niños que viven en un núcleo monoparental de madre, lo que supone entonces el 10,3% de los hijos en viviendas familiares.

De estos niños, la mayoría conviven con un hermano (41,3%), aunque también una parte muy destacada (39%) son hijos únicos. Si se compara con los niños que viven con su padre y con su madre, se deduce que el número medio de hermanos en estos hogares es inferior, sobre

todo debido al importante peso que en los monoparentales tienen los hijos únicos.

Puesto que no viven con su padre, puede ser interesante conocer el estado civil de la madre, para delimitar los posibles motivos de la monoparentalidad. En este sentido, los datos censales indican que la gran mayoría de los niños tienen madres separadas o divorciadas (el 39,4% concretamente), un 28,9% las tienen casadas, un 19,9% solteras y sólo un 12,5% viudas (ver gráfico 8). Por tanto, estos resultados indican claramente que el origen mayoritario de este tipo de núcleos es la ruptura de un hogar de pareja con hijos, donde aún la madre permanece casada o bien se ha separado o divorciado de su pareja. Probablemente también, aunque no es posible demostrarlo con datos, una parte de las madres solteras procedan igualmente de una pareja de hecho anterior, de la que se han separado para constituir un hogar monoparental.

Gráfico 7



En la mayoría de los casos, los niños tienen madres ocupadas (58,5%), aunque también una buena parte tienen madres dedicadas a las tareas del hogar (16,1%) o paradas (15,9%). Asimismo, se observa una pequeña porción de niños cuyas madres son pensionistas de viudedad (4,3%), aunque sólo en un 34,5% de los casos de niños con madres viudas, éstas perciben una pensión, lo cual indica que probablemente el resto estén ocupadas o paradas. Esta distribución varía no sólo de la que tienen los niños que

viven con su padre y su madre simultáneamente, sino, sobre todo, de la de los niños que viven sólo con su padre, según se verá más adelante, lo cual indica que la separación coloca a la mujer en una posición socioeconómica muy diferente al caso de los hombres y, por tanto, también a los hijos con quien conviven.

Gráfico 8

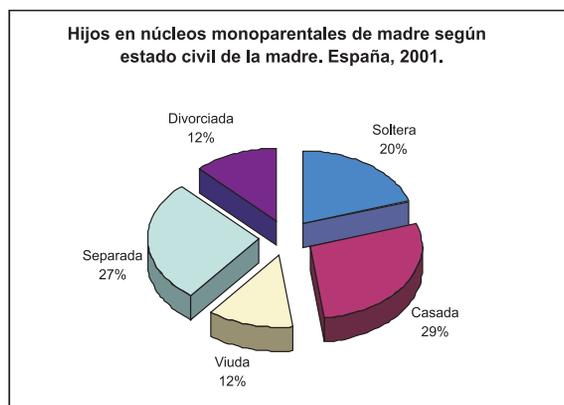


Tabla 6

Relación preferente con la actividad de la madre	Total	%
Total	733.560	100,0%
Estudiante	14.273	1,9%
Ocupada	429.475	58,5%
Parada buscando el primer empleo	16.648	2,3%
Parada que ha trabajado antes	99.568	13,6%
Pensionista de invalidez	9.732	1,3%
Pensionista de viudedad u orfandad	31.567	4,3%
Pensionista de jubilación	1.359	0,2%
Realizando o compartiendo las tareas del hogar	117.822	16,1%

Fuente: INE, Censos de Población y Viviendas 2001. Elaboración propia.

Por último, al igual que se hizo para los niños que conviven con su padre y su madre, resulta de interés ver cómo es la convivencia intergeneracional para el caso de los niños que viven en núcleos monoparentales de madre. En este sentido, los datos censales indican que hay muchos más niños que viven con sus abuelos, pues la proporción se eleva hasta el 24,7%⁷. Por tanto,

⁷ Recordemos que en el caso de los niños que conviven con su padre y su madre, esta proporción era tan solo del 7,2%.

una cuarta parte de estos niños viven en un hogar en el que también están presentes sus abuelos o abuelas. La interpretación de este singular dato nos llevaría a considerar probablemente que las madres que encabezan estos hogares buscan y precisan los apoyos de sus propios padres, conviviendo conjuntamente con ellos. Este hecho podría traducirse, por tanto, en términos de solidaridad familiar, aunque en este caso son los ascendientes los que prestan los apoyos a sus hijas y a sus nietos.

Así se comprende mejor la distribución de los tipos de hogar de los niños que viven con su madre, pues una parte muy significativa vive en hogares donde hay, junto al núcleo, otros parientes o personas (12,5% de los niños), o bien dos o más núcleos (el 18,7% de los niños), e incluso, dos o más familias (2,4%). Desde luego, estas proporciones son muy superiores a las que se registran en el caso de los niños que conviven con ambos padres⁸ y, en cambio, se equiparan notablemente con el caso de los niños que conviven solo con su padre⁹. De esta forma, se confirma asimismo que, los procesos de solidaridad familiar, en el caso de los monoparentales no difieren, independientemente de que sea el padre o la madre la que encabece el núcleo.

HIJOS QUE VIVEN CON SU PADRE

Al igual que ocurría en el caso anterior, sólo una parte de los niños que viven con su padre (en total 251.900) residen en núcleos monoparentales (191.845 concretamente), que suponen el 2,7% de los hijos en viviendas familiares. Aunque es una proporción muy inferior al caso de los hijos que viven con sus madres¹⁰, sin embargo, en los últimos años ha debido registrar una tendencia creciente, a juzgar por lo que ha ocurrido en el conjunto de los hogares, donde los monoparentales de padre han pasado de representar el 1,4% en 1991, al 2% en 2001. A esta situación se ha llegado no sólo por el aumento de los divorcios y separaciones, sino también por un posible cambio por parte de los

padres, que ahora residen con sus hijos con más frecuencia.

En promedio el número de hermanos que comparten estos núcleos es aún inferior al caso de los niños en monoparentales de madre. En efecto, hay más hijos únicos (45%) que niños que tienen un solo hermano (37%) y también hay menos niños que viven con dos hermanos (12%). Como resultado, asimismo se trata de hogares de tamaño más pequeño.

Si atendemos al estado civil de los padres, se puede indagar el origen de la monoparentalidad. En este caso, coincide parcialmente con los hijos en monoparentales de madre, pues el 18,8% de los niños tienen padres solteros y el 10,6% viudos. Sin embargo, sorprende que la mayoría de estos niños tengan padres casados (54,2%), antes que separados (11,2%) o divorciados (5,2%). Resulta difícil interpretar estos resultados sin disponer de datos que lo confirmen, pues en este caso los padres se encuentran separados de hecho, pero faltaría por saber si es una etapa en el proceso de separación o se trata de una situación más permanente.

Gráfico 9



Tal como se advirtió más arriba, la relación con la actividad de los padres en estos hogares es muy diferente al caso de las madres. En efec-

⁸ En este caso, el 7,4% conviven, además de con su padre y su madre, con otras personas, principalmente parientes, según se vio anteriormente. Sólo el 4% de los niños viven en hogares multinucleares y apenas el 0,8% en hogares compuestos por más de una familia.

⁹ El 14,4% de los niños que conviven solo con su padre residen en hogares donde además hay otros parientes o personas no emparentadas. El 17,5% en hogares compuestos por más de un núcleo y, nada menos que el 6,2% en hogares compuestos por más de una familia.

¹⁰ Si se suman el total de niños que viven en hogares monoparentales, la proporción de los que viven solo con su madre supone el 79,3%.

to, la gran mayoría de los niños tienen un padre ocupado (82%) y la proporción de parados es significativamente inferior (9,9%). Apenas hay niños con padres pensionistas de viudedad (0,3%), aunque sí otro tipo de pensionistas, y son muy escasos los que se dedican a las tareas del hogar (0,9%). Como resultado, la posición socioeconómica de estos hogares ha de ser relativamente mejor a la de los niños que viven con su madre y, de hecho, no es extraño encontrar en las estadísticas de pobreza infantil que una buena parte de niños viven en hogares monoparentales encabezados por una madre.

Gráfico 10

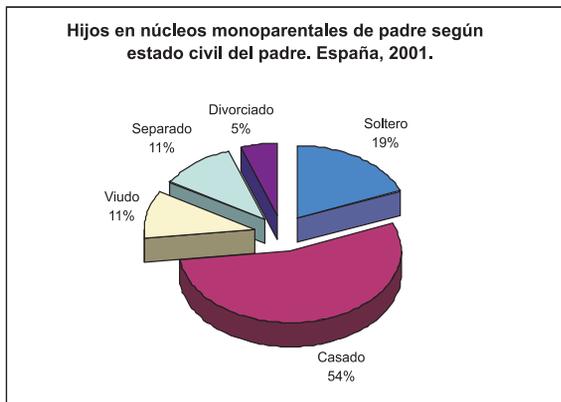


Tabla 7

Hijos en núcleos monoparentales de padre según relación preferente con la actividad del padre. España 2001.-

Relación preferente con la actividad del padre	Total	%
TOTAL	191.845	100,0%
Estudiantes	1.909	1,0%
Ocupados	157.238	82,0%
Parados buscando el primer empleo	2.355	1,2%
Parados que han trabajado antes	16.650	8,7%
Pensionistas de invalidez	4.433	2,3%
Pensionistas de viudedad u orfandad	649	0,3%
Pensionistas de jubilación	3.016	1,6%
Realizando o compartiendo las tareas del hogar	1.793	0,9%
Otra situación	3.802	2,0%

Fuente: INE, Censos de Población y Viviendas 2001. Elaboración propia.

Finalmente, al igual que se vio para los niños que viven con sus madres, se puede deducir que

parte de los niños en núcleos monoparentales de padre conviven además con sus abuelos o abuelas. En este caso, el 21,4% de los niños viven en hogares de tres o más generaciones, proporción algo inferior a la de los niños que conviven con sus madres, pero, desde luego muy superior a la de los que viven con ambos progenitores. Por tanto, se puede concluir que los padres también buscan la ayuda y el apoyo de sus ascendientes, conviviendo con ellos, cuando la relación de pareja se rompe o cuando ésta desaparece.

NIÑOS EN PAREJAS RECONSTITUIDAS

Hasta aquí se han contabilizado y analizado someramente los tres principales tipos de hogar en que viven los niños. Sin embargo, debido a los cambios que están operando en las familias y las parejas, están irrumpiendo otras formas de convivencia que, no por minoritarias, han de ser excluidas del presente análisis. Se trata, en primer lugar, de los hijos que viven en parejas reconstituidas. Estas se conceptualizan como las parejas en las que hay algún hijo no común, fruto de una relación anterior. El problema está en la forma de contabilizar los hijos menores de 18 años de estas parejas, que es nuestro objetivo.

Atendiendo a los datos proporcionados por el Instituto Nacional de Estadística, en España existen 232.863 familias reconstituidas, lo que supone el 3,6% de las parejas con hijos (INE, 2004). A partir de esta cifra, nuestros cálculos¹¹ indican que estarían viviendo en este tipo de familias un total de 465.588 hijos de cualquier edad, lo que supondría una media de 2 hijos por cada núcleo.

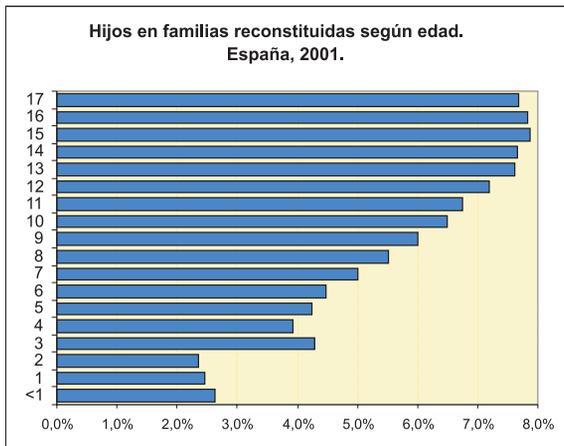
Sin embargo, puesto que nuestro objetivo es contar el número de hijos menores de 18 años que conviven en este tipo de familias, hay que colocar a los niños como unidad de observación y no a las parejas. Desde esta perspectiva, las variables censales sólo nos permiten llegar a una aproximación. De esta forma, habría que considerar, los hijos que conviven sólo con su madre o con su padre, donde además la madre o el padre han formado una nueva pareja. En total habría 194.969 menores en este tipo de familias, 129.360 que viven con su madre y 65.609 que

¹¹ Combinando tres variables censales: número de hijos en el núcleo, número de hijos de la mujer generadora del núcleo y número de hijos del hombre generador del núcleo, se obtiene el número de núcleos donde hay hijos no comunes y, a partir del número medio de hijos en cada núcleo, se obtiene el número total de hijos en este tipo de parejas.

viven con su padre, en ambos casos en familias reconstituidas. Hay que señalar que los primeros suponen el 15% del total de niños que viven con su madre, en tanto que los segundos el 26% del total que viven con su padre, lo que se podría interpretar como una mayor propensión de los padres a reconstituir su familia con respecto a las madres.

Por tanto, se puede deducir que, al menos, el 2,7% de los menores de edad en viviendas familiares residen en este tipo de familias. Sin embargo, éstos no constituyen la totalidad, pues faltarían por contabilizar los niños que han nacido como fruto de esas familias, una vez que han sido «reconstituidas»¹².

Gráfico 11

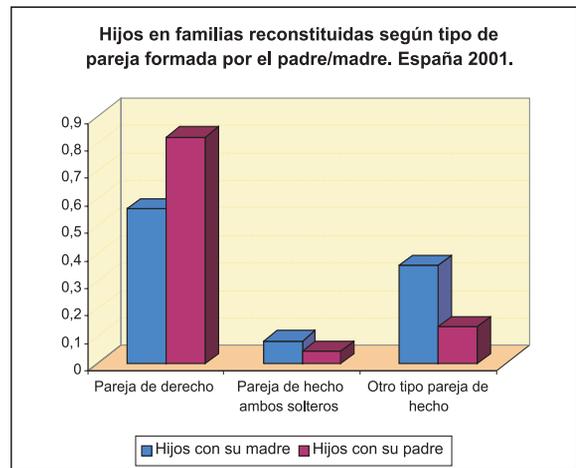


Como cabe esperar, la estructura por edades de estos hijos tiende a ser más mayor, pues casi la mitad (45,9%) son adolescentes y jóvenes de 12 o más años. Es lógico, pues se trata de familias donde los miembros de la pareja aportan hijos de una relación anterior y, donde probablemente estos hijos ya tienen una cierta edad.

Puesto que el padre o la madre configuran una nueva pareja, puede ser interesante ver qué tipo de pareja es. En este caso, el 64,9% de los hijos viven con padres o madres que han formado una pareja de derecho, mientras que sólo el 6,9% son parejas de hecho de solteros y el 28,2% configuran otro tipo de pareja de hecho. Como se puede ver, las diferencias con los hijos que viven con su padre y su madre son nota-

bles¹³, pero además se observa también que la mayoría de las parejas reconstituidas optan por formalizar su relación mediante el matrimonio. Sin embargo, tal como se observa en el gráfico siguiente, el interés por formalizar la nueva pareja no es igual en los padres que en las madres. En efecto, cuando los niños viven con su padre y su nueva pareja, en el 82,3% de los casos éstos están casados, proporción que el caso de las madres es tan sólo del 56,1%. Esta diferencia podría indicar que es mayor la propensión de los padres a formalizar la relación, respecto a las madres.

Gráfico 12



NIÑOS EN FAMILIAS HOMOSEXUALES

Para finalizar el repaso a las formas de convivencia de los hijos cuando éstos viven en núcleos de pareja, se puede contabilizar, ya que los datos censales lo permiten, los niños viven en núcleos de pareja homosexual. Evidentemente, los resultados que se pueden obtener son una mera aproximación, pues se refieren a los casos en que el padre o la madre han señalado como pareja a otra persona del mismo sexo residente en el mismo hogar.

Según el Instituto Nacional de Estadística (INE, 2004) habría censadas un total de 10.474 parejas homosexuales, en una relación aproximada de 2 parejas de hombres por cada pareja de

¹² Y que, por tanto, serían niños que estarían en la categoría de los que viven con su padre y su madre, pues son hijos comunes de tal relación.

¹³ Recordemos que, en ese caso, el 95,5% de los padres forman una pareja de derecho.

mujeres. En cambio, los datos obtenidos desde el punto de vista de los niños invierten esta relación, pues hay un total de 2.350 niños viviendo en núcleos de pareja homosexual, el 60,9% de los cuales viven con parejas de mujeres.

Tabla 8

Hijos menores de 18 años según tipo de pareja (mismo sexo o distinto sexo) que forman sus padres. España 2001.	
Tipo de pareja	TOTAL
TOTAL	7.102.415
Pareja de distinto sexo	6.174.660
Pareja del mismo sexo, femenino	1.432
Pareja del mismo sexo, masculino	918
Núcleo que no es pareja	925.405

Fuente: INE, Censo de Población y Vivienda 2001. Elaboración propia.

Es imposible valorar con perspectiva estos datos, puesto que no hay referencias en censos anteriores, ni tampoco otros estudios que cuantifiquen este tipo de familias desde la perspectiva de los niños.

NIÑOS CON ROL DE ADULTOS

El repaso a las distintas formas de convivencia de los niños no puede terminar sin revisar aquellas situaciones, hasta ahora ocultas, en que los niños tienen un rol de adultos. Se trata de casos en que los menores viven solos o que forman parte de un núcleo donde ocupan la posición de padres o parejas. Aunque pueda parecer que estos casos no existen en menores de edad, pues precisamente esta minoría les impone fuertes limitaciones y un importante control social, sin embargo, los datos censales confirman su presencia.

En efecto, el censo contabiliza un total de 4.565 menores que pertenecen a un núcleo como padres, madres o parejas, es decir, que tienen su propio núcleo. Tal como se observa en la tabla 9, a partir de los 13 años podemos encontrar jóvenes que ya han formado su propio hogar, donde ejercen incluso como padres. Efectivamente, si se consultan estos datos a través de otra variable generada por el INE (forma de convivencia en personas de 16 a 64 años), se puede comprobar que hay 1.569 jóvenes de 16 y 17 años que viven con su pareja y sin hijos. Asimismo, un total de 951 conviven con al menos un hijo y 635 además viven con alguno de sus padres. (ver tabla 10).

Tabla 9

Niños menores de 18 años según pertenencia a núcleo familiar y edad año a año. España 2001				
Edad año a año	TOTAL	No pertenece a un núcleo familiar	Pertenece a un núcleo familiar como padre/madre o pareja	Pertenece a un núcleo familiar como hijo/a
Total	7331894	224914	4565	7102415
<1	409195	13318	0	395877
1	393689	11457	0	382232
2	379306	11524	0	367782
3	369255	11847	0	357408
4	369441	10654	0	358787
5	362499	10309	0	352190
6	368003	9870	0	358133
7	374456	9995	0	364461
8	394618	10335	0	384283
9	404347	10538	0	393809
10	403897	10794	0	393103
11	412949	11117	0	401832
12	419039	11697	0	407342
13	426185	12240	1	413944
14	438641	12781	8	425852
15	446436	14342	61	432033
16	470966	19448	1441	450077
17	488972	22648	3054	463270

Fuente: INE, Censos de Población y Viviendas 2001. Elaboración propia.

Tabla 10

Forma de convivencia de las personas de 16 y 17 años que viven con su pareja. España 2001		
	16 años	17 años
Con su pareja, sin hijos ni padres	581	988
Con su pareja y 1 hijo, sin padres	233	626
Con su pareja y 2 hijos, sin padres	15	71
Con su pareja y tres hijos, sin padres	1	5
Con su pareja y/o algún hijo y alguno de sus padres	248	387

Fuente: INE, Censos de Población y Viviendas 2001. Elaboración propia.

Por otro lado, tal como se vio en el cuadro 1, hay 4.861 niños que viven solos. Se trata de un hecho interesante, sobre el que cabe preguntarse acerca de las circunstancias que les llevaron a esta situación infrecuente. El Censo no nos proporciona tal información, sin embargo sí se pueden examinar algunas de las características básicas de estos menores. En este sentido, un breve examen nos permite averiguar que se trata de jóvenes de 16 y 17 años, el 51,2% de ellos son varones, el 11,4% de nacionalidad extranjera, solteros en el 94% de los casos y el 47,9% ocupados. Sin duda, estos resultados sorprenden, pero no es posible saber si estos menores se encuentran bajo la protección o tutela de alguna institución.

Por tanto, por más infrecuente que pueda ser la adopción de un rol adulto por parte de un menor de edad en sus formas de convivencia, los datos censales permiten comprobar la existencia de un total de 9.425 jóvenes a los que la edad no les ha supuesto una limitación en este sentido.

CONCLUSIONES

El conjunto de datos revisados relativos a la demografía de la infancia española no nos permiten extraer conclusiones demasiado nítidas, pues, como se ha reiterado en diversas ocasiones, la falta de información comparativa supone una limitación importante a la interpretación de los resultados obtenidos.

Sí parece claro que la infancia como grupo de edad ha ido perdiendo peso en las sociedades europeas occidentales, y especialmente en España, donde su dimensión relativa es cada vez menor, aunque aumenten los efectivos. El envejecimiento poblacional es un proceso mucho más fuerte desde el punto de vista demográfico y es el principal responsable de estas pérdidas que la reciente recuperación de la natalidad no contrarresta. Quizás la pregunta sea si la menor dimensión de la infancia como grupo va a influir en su bienestar, puesto que si son cada vez menos, es posible que reciban más de la sociedad. La respuesta a esta pregunta no es sencilla, sin embargo, parece que el reparto intergeneracional y la política familiar serían las claves para influir en el bienestar de los niños.

Como se ha sugerido, los hogares y las familias han experimentado un cambio importante durante las últimas décadas, que se muestra claramente en las estadísticas familiares. En el caso de las familias de los niños, no es posible conocer esta evolución, sin embargo, los datos analizados nos permiten afirmar que el impacto de estas transformaciones ha sido relativamente pequeño sobre sus formas de convivencia, pues la gran mayoría siguen viviendo con su padre y su madre en un hogar nuclear clásico. Es muy posible que las formas de convivencia se hayan diversificado, como lo demuestra la presencia relativa de niños en familias monoparentales, reconstituidas u homosexuales, pero no es posible conocer cuál ha sido la dimensión de estos cambios.

Sin embargo, no cabe duda de que en la actualidad los niños nacen en familias más plu-

rales, caracterizadas no tanto por la diversidad de su forma exterior (nucleares, monoparentales...) como por la variedad de formas de pareja (de hecho, de derecho, reconstituidas, homosexuales...). Asimismo, el incremento de los divorcios y separaciones de pareja está propiciando, no sólo que cada vez haya más niños en hogares monoparentales, sino que experimenten a lo largo de su vida una o varias transiciones entre diversas configuraciones familiares. Por tanto, los efectos de todas estas transformaciones son sobre todo visibles en la biografía familiar de la infancia, algo que no puede ser observado en una fuente como la analizada en este trabajo y que requiere de análisis específicos de tipo longitudinal.

Asimismo, el aumento de formas alternativas de familia entre los niños puede tener influencia sobre las probabilidades de los niños de convivir con su padre biológico. En efecto, las rupturas de pareja terminan aumentando las posibilidades de vivir con la madre, como se ha visto, en tanto que disminuyen las de que vivan con su padre. No se puede prever hasta qué punto esto puede debilitar o influir en las relaciones entre los hijos e hijas, aunque puede ser valorado al menos en pérdida de tiempo total de convivencia entre los niños y sus padres biológicos.

De igual manera, cada vez los niños viven con menos hermanos, siendo muy frecuente el hijo único o el hermano único. Este es un hecho que se inició hace ya casi treinta años, en que empezó a tener lugar el descenso de la fecundidad, y que, por tanto, se puede considerar ampliamente asumido por los propios niños y sus familias.

También es menos frecuente la convivencia intergeneracional, donde los niños comparten el hogar con los abuelos o abuelas, aunque ello probablemente no implique que disminuyan sus relaciones, sobre todo con las abuelas, que se ocupan muy a menudo del cuidado de sus nietos. Y, en general, los niños comparten convivencia con cada vez menos personas, quedándose el núcleo reducido a mínimos, y las relaciones de parentesco «a distancia».

En cualquier caso, estas conclusiones no son más que meras hipótesis que en la mayoría de los casos no pueden ser corroboradas con información empírica, pues, las fuentes disponibles adolecen en la mayor parte de los casos de una perspectiva «adultocéntrica», donde los niños desaparecen subsumidos por otras categorías,

como la familia o la escuela. Las múltiples limitaciones con que se encuentran las estadísticas existentes para el estudio de la infancia, nos llevan a una conclusión de que es necesario progresar seriamente en este sentido, particularmente en España.

La cuestión no es tanto avanzar en la cantidad de estadísticas al servicio del estudio de la infancia, como en los enfoques y métodos para su obtención y explotación posterior. De hecho, existen una multiplicidad de fuentes sobre temas muy diversos que nos permiten aproximarnos a su estudio. El problema, sin embargo, es que no pueden ser explotadas bajo un enfoque metodo-

lógico aquí utilizado, es decir, colocando a los niños como unidad de observación, lo que al final limita enormemente los resultados y su interpretación. Es preciso, pues que las estadísticas relativas a la infancia se individualicen, en la misma medida que ha tenido lugar en las estadísticas de género, por ejemplo.

Es imprescindible también que las nuevas perspectivas teóricas y metodológicas se apliquen en la elaboración de estadísticas sobre la infancia y que éstas tengan una continuidad y sean comparables, puesto que los avances técnicos permiten ya la explotación de la información prácticamente sin ningún tipo de limitación.

BIBLIOGRAFÍA

- BEN-ARIEH, Asher (2000): «Beyond welfare: measuring and monitoring the state of children - new trends and domains», en *Social Indicators Research*, 52: 235-257. Kluwer Academic Publishers.
- FRØNES, Ivar (1994): «Dimensions of childhood» en J. QVORTRUP, M. BARDY, G. SGRITTA and H. WINTERSBERGER (eds) *Childhood Matters. Social Theory, Practice and Politics*, pp. 189-210. Avebury, Aldershot.
- JENSEN, A.-M. y SAPORITI, A., (1992): «Do Children Count?» en *Childhood as a Social Phenomenon: A Statistical compendium*, Eurosocial Reports Volume 36, Viena, European Centre for Social Welfare Policy and Research.
- MINISTERIO DE ASUNTOS SOCIALES (1991): *Población menor de dieciocho años en España. Datos estadísticos generales 1991*. Serie la infancia en Cifras nº 1. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- MINISTERIO DE ASUNTOS SOCIALES (1991): *Población menor de 18 años en España y su entorno familiar. Análisis territorial*. Serie La Infancia en Cifras nº 2. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- MINISTERIO DE ASUNTOS SOCIALES (1994): *La infancia y su entorno. Datos básicos*. Serie La Infancia en Cifras nº 3. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- MINISTERIO DE TRABAJO Y ASUNTOS SOCIALES (1997): *Población menor de 18 años en España y su entorno familiar*. Serie La Infancia en Cifras nº 4. Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- QVORTRUP, Jens (1994): «Childhood matters: an introduction», en J. QVORTRUP, M. BARDY, G. SGRITTA and H. WINTERSBERGER (eds.) *Childhood Matters: Social Theory, Practice and Politics*, pp. 189-210. Aldershot, Avebury.
- SAPORITI, A. (1994): «A Methodology for Making Children Count», in J. QVORTRUP, M. BARDY, G. SGRITTA and H. WINTERSBERGER (eds) *Childhood Matters. Social Theory, Practice and Politics*, pp. 189-210. Aldershot, Avebury.
- SGRITTA, G. B. (2002): Sistema de indicadores sobre calidad de vida para la infancia y los adolescentes: qué y para qué? en CASAS, F. y GÓMEZ-GRANELL, C. (comp.) *Infancia, familia y calidad de vida*, Barcelona, Instituto de la Infancia y Mundo Urbano (CIIMU).